

Talibán

JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: “Un guerrero sin brazos”, foto
de José Ramón Sánchez
© José Ramón Sánchez, 2018
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2018

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Ajedrez

En jaque mate comienza la partida.
Y en todo disminuye por el tablero
su enigma interrogado. Y a su contacto bicolor
no me sustraigo, que su contacto fija la mano
a otro descanso si el adversario no me coincide
y va a otro extremo en el tambor batido
por la seca colmena de mi oído.

Y en vano el eco florece en otro centro,
pues la palabra contraria del ajeno va resultando odiosa
donde habitar los giros del tablón expresivo
que se atrapa y concilia por las esquinas
respiradas del aire sujeto a los cuerpos
y cubierto de palabras hasta el techo
y hambriento casi por el suelo y las hormigas
y las dispersas sombras que se suceden invariables
por objetos cerrados como el cerrado olvido
de cuanto falta para tener el despido que agita.

Por entre horas no rehúso por el juego la sorpresa,
volver a mí que expulso de la partida sin ocasiones
(que no concluye) la solución que se da como triunfo.

Están con otra luz las piezas para un barniz de polvo.
Marcadas sin huellas no responden al desastre asumido.
Y para luego el verde de sus frutos tiernos
con su deleite comedor que posesiona lo agresivo
de los cuerpos en tales ramas y en los intentos perdidos

a cada paso de la jugada entregada y posible,
si yo la arriesgo al dictado que me impulsa
colgado en el revés seguro y su madera.

Descuelga por gotas el alero su denuncia en las
mejillas
acariciadas al llover para abrigar rendiciones
y desearlas
mintiendo el apetito de mantener lo vivo porque crece.

Que la partida acabe es mi pregunta. En un peón está
y avanza de nacer finales.

Murciélagos

Hay murciélagos. Supuestamente existen:
Yo los creo.

Giros erráticos. Desligada procedencia
los apresura.

Baten. Baten las alas
y puede tejerse el viento como idea
que se inclina a mis espaldas
y de pronto volverse perpetuo
el deseo de la palabra.

Una. Diez vueltas más y no terminan.
Cualquier paloma es bella imagen pero ellos siguen.
¿Adónde?

De vuelta siempre y cierran un círculo mayor.
Están y el aleteo prohíbe el incendio de los sentidos.
Enlazar el espacio con el grito que me pertenece.
O solamente que mis manos marquen el papel.

Cubierto el lobo

El lobo: cordel veloz que por mi odio pasa,
me admite. Estoy asistido por la baba que gasta.
Me supone el vestigio que lleva soportado.
Colmillada fiel y regustada en fuego tenaz.
Fuego que seduce y recibe los rojizos copos de bronce.
Del lobo, la pelambre miente cañaveral de liebres.

Mastico personajes que me iniciaron y habitan.
Entiendo sólo a este. Su trabazón y el banquete.
Ronquido voraz como un idiota tenido en el sabor
que el gusto concede.

Hablado el sol deshace su éxito. Artesanal voz
y redonda. Obispado que interpretan los vivientes
mientras la punta de pelo gris se repite en formas
de agotarme para sentirse avergonzado. Yo fui
avergonzado. Para imitarme, desnuda lengua del valle,
barriendo este animal en juego que recita la luz
(marino en años) de un puerto que interroga.

Pero al otro estío vacilaba, más allá de la cabeza
guardiana, su peso comprendido. Y el lobo, que no me
piensa,
alerta de músculo colmillado. Y en el gruñido,
fuertes las patas tiasas: todos así.

¿Diré que el lobo es un ácido corruptor y combativo?

El miedo con la garganta hundida.

Su hartó estómago asimilable. Letanía del cuerpo

que me acompaña en resistencia, puesto a no morir
mientras me alcanza llevar el rastro con párpados
cerrados,
la trompa herida.

Las hojas tenaces del lobo son yemas cultivadas
en el bastón tuberoso. Su fiebre asoma confundida
con el hombre de rodillas servidas en caer,
y maniatadas para su aliento que es odio tímido,
no abierto, errante por sudorosos cuartos
traseros y golpeados.

De veras el hambre da su acento en el lobo.

Y en la guarida al patio nuestro, de veras basta
despojarse por el otoño y re-crearse, ser rebasado.

En cántico por el sonido oscuro
extrañamente anuda los azules juguetes de la tarde.
Luego sentado se incorpora al perro y lo seduce
con las rojizas gotas de su lengua, por el cuero lamidas,
y más adentro engorda, maduro por el tronco,
quizá perfecto bajo la sombra que entrega.

Marabú

Escribo como quien alza
hornos de marabú:
cada letra una espina,
pues ya la inocencia
me sirve de poco.
(Las vacas que se lo comen
dan leche buena).

El Día de las Madres

Robar guayabas el Día de las Madres
puede resultar una experiencia memorable
para cualquier muchacho: solo debes
cruzar un río, saltar varias cercas,
atravesar sembrados, encaramarte
en las matas, llenarte los bolsillos,
y escuchar el ladrido creciente
de los perros azuzados contra ti.

Correr viendo hombres a caballo
que te cercan, detenerte rendido
y cobarde, ser alzado por la oreja,
quedarte en calzoncillos y nunca más
entrar en ese campo.

Cuando pases por la carretera verás
unas espléndidas matas de níspero.

Mayo 2

Mayo 2, once de la noche, muere mi abuelo.
“Viejo, cómo estás”, “Jodío”. Fue lo último
que hablamos

media hora antes. En los primeros minutos
mi madre ocultó su muerte. Estaba en la cama
bocarrriba y enflaquecido hasta el extremo.
En mi niñez me llevaba y traía de la escuela.
Mayo 3, cuatro y veinte de la tarde,
puse en un bolsillo de su camisa marrona
un poema mío para él. 1999.

Harry Chulo

Fui plomero candente
en épocas de migración.
Con seis metros de alambre
subí al trono batiendo
la dura vagina de la escasez,
garantizando agua
a una mujer y su hija,
pues mi instrumento
consagró al hogar,
dio placer a todos.

Doña Melogena

Doña Melogena parece una antigua puta.
Quizá lo sea. Tiene el pelo amarillo
y la piel agria de quien aguantó
mucho sol y mucha cama.
También posee una rica
vocación humanista:
vende toda la carne que ha podido
sacarse de entre las piernas.
España, Francia, Alemania
reciben sus beneficios.
Ahora tiene un perro que se llama Tony.

Hay que volverse poeta

Me fajé con un muchacho y en la pelea perdió
la última falange de un dedo meñique.
Era rubio y fuerte. No quería
que yo tocara el piano. Ni esperó
para pelear que terminaran las clases.
Me tiró una patada a los cojones.
Le cogí la pierna y lo lancé
contra un montón de sillas y de mesas.
Las sillas y las mesas cayeron con él
y el borde de una mesa le cortó el dedo.
Se sujetó la mano ensangrentada
y llorando decía: “¡Fuiste tú, fuiste tú!”
Desde entonces no he podido mirar de frente.